



CAPÍTULO I

Transformación social.— Origen del feminismo.— Sus distintas tendencias.— Lo que significa el feminismo moderno.— Justicia de la proclamación del Derecho Humano sin distinción de sexo.

Se está realizando ante nuestros ojos una de esas profundas evoluciones que transforman la sociedad y de las que apenas se dan cuenta los que sufren el choque de los nuevos elementos, que arrastran todo lo que había servido de base para moldear ideas y sentimientos.

Si los comienzos del cristianismo marcan una nueva Era, y la Revolución francesa es el principio de una Edad, no puede dudarse que la Gran Guerra, que estalló en 1914, da comienzo a un nuevo período histórico y remueve hondamente principios y costumbres.

Estamos en el momento en que se derriba más que se construye; en el que se cogen los materiales viejos para edificar con ellos y se deshacen entre las manos; el momento preciso de prepararse frente a un porvenir que trata de romper con el pasado, en un desbordamiento, tanto más impetuoso cuanto mayores son los obstáculos que se le oponen.

En medio del desconcierto, de la vaguedad, en que todo se agita con el ansia de renovación insaciable que acompaña a la humanidad durante toda su peregrinación por la tierra, la mujer aparece turbada, más intensamente porque es en ella más brusca la transformación. Hay algo en la mujer de enfermo al que operasen unas cataratas y le quitasen la venda a pleno sol, dejándolo expuesto al deslumbramiento y la ceguera.

Aunque existe ya una gran mayoría de mujeres preparadas para la misión social que en el mundo de la posguerra deben desempeñar, se necesita una gran prudencia para no malograr el fruto

en esta época de adaptación, pudiéramos decir de transplante, en la que así como el árbol pierde sus hojas y conserva las yemas que han de dar nuevos brotes, la mujer debe perder la falsa hojarasca de preconceptos, ideas falsas y costumbres arbitrarias, conservando lo de noble y lo de fundamental que hay en su naturaleza, lo que constituye una verdadera orientación.

La base está en las leyes, en la proclamación de la «igualdad de derechos».

Las costumbres han evolucionado mucho a favor de la mujer. Lo que se necesita es que los códigos marchen de acuerdo con las costumbres y no pretendan fijar la vida en textos inmóviles.

Se puede decir que atravesamos un período análogo al que las mujeres romanas cuando lograron en las costumbres un grado de libertad, de igualdad con el hombre y hasta de preponderancia, que no han superado aún los estados más feministas de Norte América.

Ellas no se inquietaron de su situación en el Código, no discutieron; todo fue acción y feminismo, que podemos llamar práctico, y todo desapareció con el Imperio sin dejar huella. Se borró el influjo de las costumbres y quedó solo el derecho escrito, que ha servido de sello para marcar como esclava a la mujer durante tantos siglos.

Se necesita que la libertad conquistada en las costumbres esté garantizada por las leyes. Hay que fijar de un modo definitivo el verdadero concepto del feminismo.

Pocas doctrinas han sido tan combatidas y tan mal comprendidas. Se hizo caer sobre el feminismo el descrédito que solo merecía la conducta de algunas mujeres que no entendieron su significación, y las campañas de hombres y de mujeres que ridiculizaron a las que luchaban por la liberación de una parte de la humanidad.

La primera conquista importante del *feminismo* fue la de hacer que se le tomase en serio, que cesasen las fáciles bromas y chistes de mal gusto, que hombres eminentes se declarasen partidarios de la liberación de la mujer y se definiera con claridad que *feminismo*

significa: PARTIDO SOCIAL QUE TRABAJA PARA LOGRAR UNA JUSTICIA QUE NO ESCLAVICE A LA MITAD DEL GÉNERO HUMANO EN PERJUICIO DE TODO ÉL. Se alejó de la palabra *feminismo* el concepto de desequilibrios y ridiculeces, la idea de hegemonía femenina y de peligro para la sociedad.

Rara vez puede encerrarse una idea en los estrechos moldes de una definición y menos el feminismo, que tiene tan amplias acepciones y más acción que doctrina, para lograr la liberación de la mujer y la mejora de su condición, a fin de garantizar sus derechos individuales en nombre del principio del derecho humano y en interés de la colectividad, que realizará más fácilmente su misión contando con el concurso de las dos mitades que la constituyen. Así, pues, el feminismo encierra como doctrina los principios más puros de libertad y de justicia y como obra, entraña una gran utilidad social.

La palabra con que se ha designado este movimiento y esta doctrina es de origen francés y se le atribuye a Fourier¹, ese gran defensor de las mujeres que en su *Sistema* expresa el convencimiento de que el progreso de la humanidad está en razón directa de los privilegios y la influencia social que el sexo femenino pueda desarrollar.

De ninguna manera quiso significar con esa palabra un deseo de inversión de sexos o de funciones, y mucho menos la aspiración a la igualdad, que hace imposible la naturaleza.

¹ Carmen de Burgos se deja llevar por el tópico que atribuye a Charles Fourier el origen de este término. El socialista francés empleó el neologismo *féminisme* en 1837, según la politóloga Leslie F. Goldstein, especialista en derechos de la mujer. Siguiendo esta teoría, sería la feminista francesa Hubertine Auclert, activa sufragista y fundadora del periódico *La ciudadana* en 1881, quien popularizaría la palabra. Sin embargo, la historiadora y filósofa francesa Geneviève Fraisse señala que esta atribución es un «error histórico»: «La palabra *feminismo* no existe en los textos de Fourier aunque en ellos se trate el asunto», señala en su libro *Musa de la razón: la democracia excluyente y la diferencia de los sexos* (1989). Fraisse precisa que el adjetivo *feminista* lo utiliza por primera vez con fines políticos y periodísticos Alejandro Dumas (hijo) en su panfleto *El hombre-mujer* de 1872, escrito antifeminista en el que debate, entre otros temas, sobre el adulterio y se declara contrario al divorcio.

Aceptada la palabra *feminismo* para designar la causa de la liberación femenina, de acuerdo con su naturaleza, la mala fe la desacreditó y llegó a presentar el feminismo a veces como una cosa terrible, capaz de disolver la sociedad, y a veces como una cosa ridícula y risible, que no merecía ser tomada en serio.

Con el deseo de hallar una palabra nueva, menos discutida, para denominar las justas aspiraciones de la mujer, hubo quien le llamó humanismo, sin lograr que este nombre se universalizase.

Realmente la cuestión es baladí en el fondo. La palabra *feminismo* está llamada a dejar de usarse bien pronto, sin necesidad de buscar ninguna que la sustituya, como sucedió con la palabra *masculinismo*. Lograda la justicia para regirse las dos mitades del género humano, no habrá necesidad de hacer esa distinción, que ha obligado a buscar una palabra que represente la vindicación de la mujer.

La palabra no es más que el signo representativo del problema que se agita en el seno de la sociedad y que no es de esos que podríamos llamar secundario, porque no afectan más que a determinado número de individuos o porque nacen de convencionalismos. El feminismo existe, independientemente de la voluntad, y comprende a la sociedad en general. Nace de la injusticia, del malestar, que una parte de la humanidad sufre. Solo puede resolverse restableciendo la integridad de la justicia para que todos tengan garantizado su derecho.

Así vemos que el feminismo no es una simple teoría, sino un hecho. Representa la aspiración a la libertad de la mujer oprimida y vejada. Aunque su origen sea antiquísimo hay períodos en los que se ha agudizado más la lucha y el malestar, sobre todo desde que un mayor desenvolvimiento de la cultura, y la generalización del espíritu crítico, hicieran que una gran parte de las mujeres salieran del marasmo, de la indiferencia y del engaño de la galantería.

El aire moderno, que avivó la hoguera, vino de tierra americana, no solo por ser un país más joven, más libre de los prejuicios que engendra la historia, desbordante de rica savia productora y

de fermentos generosos, sino porque la lucha se hacía en él ruda, empuñada, y exigía el desarrollo de todas las fuerzas activas.

La semilla había sido Europa; de América venía el fruto maduro.

Con ese impulso la personalidad de la mujer moderna se desarrolló rápidamente, creciendo en libertad al par que en dignidad y en autoridad, aunque otra cosa pretendan los detractores que involucran, con las manifestaciones de respetable independencia, los desequilibrios de un escaso número de mujeres, que como dice María Martín: «Ocultan bajo el manto del feminismo una conducta de las más equívocas o una excentricidad de mala ley. Bajo el falso pretexto de la emancipación, dan libre curso a sus costumbres extrañas y a su fantasía caprichosa». No se trata de censurarlas ni de discutir si hacen bien o mal. Lo que podemos afirmar es que su conducta nada tiene que ver con el feminismo; y que aprovechan, a sabiendas, un argumento poco serio y nada leal, los que gritan ante ellas: «¿Ved qué ejemplo dan las feministas?».

Pero el feminismo es algo más serio. Su hoguera prendió en el mundo a impulso de las necesidades económicas que levantaron sus llamas, avivadas por el dolor y el sufrimiento de la esclavitud femenina.

Se había ido verificando, a través del tiempo, sin darse apenas cuenta, una evolución en la familia y en las condiciones económicas de las naciones, y no, ciertamente, por influencia de la mujer.

Desapareció, casi por completo, un tipo de organización familiar dentro de la cual, aunque carecía de derechos, la mujer se sentía moralmente amparada. Apenas existen ya aquellos hogares que cobijaban, cerca de la débil luz de aceite, a una familia amorosa, cuyo jefe protegía a cuantas mujeres lo ligaba una relación de parentesco, por lejana que fuese. La mujer encontraba siempre albergue en aquellos hogares donde la rectitud más severa era norma de conducta. Tenía satisfechas sus necesidades económicas; no habían penetrado aún en su espíritu inquietudes ni ambiciones y se resignaba a la vida rutinaria.

Pero al no quedar más que una minoría de ese tipo de hogares; al no encontrarse ya la mujer respetada y garantida, ni en el suyo propio, a veces, tenía que sentir un profundo malestar e irradiarlo sobre la sociedad entera, víctima de su propio egoísmo; pues según la acertada frase de Novicow², «la felicidad de las naciones está en razón directa de la suma de justicia que distribuyan entre los individuos que las forman».

Y la transformación de la familia acompañó la transformación económica. La vida se hizo más difícil; con las grandes fábricas y las grandes empresas industriales escasearon jornales y trabajo. La mujer, para ganar su sustento, no contando con hombre que la mantuviese, tenía que salir del hogar para ir al taller y a la fábrica.

No podía vivir de *contar estrellas*, como en la leyenda inglesa.

Tenía que elegir entre trabajar o arrastrar una existencia abyecta; ya que se le suele ofrecer, a cambio de su dignidad, lo que no se concede a su conmovedora debilidad.

Esta fue la raíz del movimiento feminista. Las mujeres se acogieron a la doctrina que predicaba su igualdad social con el hombre, llenas del mismo fervor que siglos antes había convulsionado a los esclavos, al oír las teorías igualitarias del cristianismo.

Y frente al feminismo se agudizó también el antiquísimo antifeminismo. Representaban este los hombres injustos y celosos de su hegemonía y las mujeres egoístas que temían perder una situación de privilegio.

Se proclamó con todos los tonos patéticos que la naturaleza marca la misión de los dos sexos: el hombre debe trabajar, la mujer no debía ser más que madre, ángel del hogar, reunión de todas las gracias y bellezas.

² Jacques Novicow (Constantinopla, 1849-1912), sociólogo ruso que vivió buena parte de su vida en Francia y escribió la mayor parte de sus obras en francés. Fue profesor en la Universidad de Odessa y miembro y vicedirector del Instituto Internacional de Sociología. Su obra *Las luchas entre las sociedades humanas y sus fases sucesivas* le dio una gran notoriedad. Cabe destacar su obra, de la que posiblemente esté extraído este fragmento, *L'affranchissement de la femme* (*La liberación de la mujer*, 1903).

Esto, traducido al lenguaje vulgar, significa que la mujer no debía ser más que servidora y recreo del hombre. Pero si se hubiera hecho una ley de acuerdo con su canto lírico, para que todos los hombres hubiesen tenido la obligación de sustentar a ese «ángel del hogar», al que ellos se encargaban de cortar las alas, sin que tuviesen necesidad de trabajar y sin menoscabo de su dignidad de mujeres, la protesta hubiera sido general.

Invocar la maternidad para mantener la esclavitud, envuelve un cinismo superlativo y de un desconocimiento inexplicable de la expansión que requiere la actividad de las mujeres que no han sido madres y de las viudas y casadas que, después de criar y educar a sus hijos, terminada la misión materna, tienen energías que reclaman aplicación.

Pero ese canto, con el cual hicieron los hombres de *sirenas*, engañó a muchas pobres mujeres, que aceptaron la idea de su inferioridad como un dogma.

Una de las más grandes dificultades que encontró el feminismo fue la oposición de las mismas mujeres. Acostumbradas a la esclavitud se asustaban de la libertad, a la que iba unida la idea de responsabilidad. Otras no se daban cuenta, en medio de su ignorancia e inconsciencia, de lo importante que era verse libres de los males que las afligían; algunas deseaban contentar a sus dueños con la sumisión. Se repetía el fenómeno que se verificó al libertar a los esclavos y a los siervos; se oponían a su emancipación, movidos por el sentimiento de miedo a la libertad, que la herencia y la práctica de una larga esclavitud había impreso en ellos.

Tenían algunas miedo celoso a una clase de mujeres cultas: médicos, abogados, artistas, ante las que quedarían oscurecidas y no querían hacer ningún esfuerzo con la emulación para elevar su espíritu. Su fuerza estaba para unas entre sus cacerolas, para otras en sus gracias de salón, e imponían su autoridad despóticamente a la familia, escudadas en su carácter de *amas de su casa*.

Se dio el caso de mujeres que imitaban, sin saberlo, a los súbditos de Fernando VII dando vivas a sus cadenas. Hubo algunas

que felicitaron a Moebius³ por sus ataques a todo el sexo, con tal exageración que él, tan enemigo de la mujer, se vio precisado a defenderlas, asegurando que, «por fortuna, existen mujeres de alma sana» y la señora Fanny Sewelph decía que su libro la aliviaba de la idea de que la mujer pudiera tener las mismas facultades que el hombre. Bien es verdad que un humorista podría repetir estas palabras.

En Inglaterra una mujer de talento, Humphry Ward⁴, se opuso al feminismo y en Francia, donde se podrían esculpir tantos nombres gloriosos de feministas nobles y sensatas, la señora Barbat de Chosel, viuda de Dardanne de la Granjerie, escritora mediocre, dejó a la Academia Francesa unos millares de francos para fundar un premio con el pseudónimo, que su labor no había logrado destacar, Philippe Cerfant, estableciendo la condición de que serían excluidas, para optar a él, las mujeres, «a causa de su espíritu de intriga». La Academia, con buen acuerdo, rechazó el legado.

Ante las luchas, las burlas, las acusaciones, hasta muchos hombres de buena voluntad desconfiaban del feminismo; como los colonos recelaban de la emancipación de los esclavos. Aun de modo inconsciente experimentaban el disgusto de ver escapárseles el dominio absoluto que les hacía considerar —según frase de Napoleón— que las mujeres les pertenecían como los árboles frutales pertenecen al jardinero.

³ Paul Julius Moebius (1853-1907) fue un neurólogo alemán que trabajó principalmente en los campos de la neurofisiología y la endocrinología. Moebius es autor de un panfleto de apenas sesenta páginas titulado *La inferioridad mental de la mujer* (1900) —traducido al español por la propia Carmen de Burgos—, un texto insultante y denigrante hacia la mujer, que fue muy criticado, pero a la vez produjo muchas adhesiones, llegándose a publicar hasta ocho ediciones. Los principales argumentos de Moebius para afirmar la inferioridad femenina eran la diferencia del peso cerebral de la mujer y su endeble constitución física en comparación con la del varón.

⁴ Mary Augusta Arnold (Hobart, Tasmania, 1851-Londres, 1920) fue una escritora británica que publicó con su nombre de casada, Mrs. Humphry Ward. Fue tía del también escritor Aldous Huxley. Su narrativa tiene un marcado carácter religioso, reflejo de la estricta moral victoriana de la época que manifestaba un claro rechazo a la emancipación de la mujer. Su obra más conocida fue *Robert Elsmere*.

Se hacía creer que el feminismo era enemigo del hombre, que disolvía el hogar y constituía la negación del amor.

No se podían convencer de que el feminismo no es la lucha de sexos, ni la enemistad con el hombre, sino que la mujer desea colaborar con él y trabajar a su lado.

El amor y el hogar adquieren mayor solidez; porque la mujer libre otorga su amor en una abdicación consciente de sí misma, llena de una dignidad que no tiene la sierva. El marido encuentra en ella no una inferior inconsciente, frívola y ociosa, sino una igual a la que puede confiar todas sus ideas, sentimientos y aspiraciones.

Nadie más beneficiado que el hombre mismo en el triunfo del feminismo, puesto que no podrá aspirar a ser grande mientras continúe sacrificando a su egoísmo la dignidad de su compañera. La sociedad toda tiene que resentirse de esa situación de la mujer. José de Maistre⁵ ha dicho que: «El medio más eficaz de perfeccionamiento social consiste en ennoblecer a la mujer».

«Las maravillas —añade Jules Bois⁶, en su *Mujer nueva*— están reservadas a los siglos futuros que conocerán por completo el esplendor del alma femenina».

Por fortuna, la fuerza de los hechos arrolló todas las teorías y el feminismo se manifestó de modos diversos, según la necesidad a que respondía. Por su acción pueden señalarse claramente definidos:

⁵ Joseph-Marie, conde de Maistre (Chambéry, 1753-Turín, 1821) fue un teórico político y filósofo saboyano, máximo representante del pensamiento contrarrevolucionario, opuesto a las ideas de la Ilustración tardía y la Revolución francesa. El rey de Cerdeña, Carlos Manuel IV, le nombró ministro plenipotenciario en San Petersburgo, donde fue consejero en la sombra del zar Alejandro I. Es el célebre creador de la frase «cada nación tiene el gobierno que se merece». Autor de numerosos ensayos políticos, entre los que cabe destacar *Ensayos sobre el principio generador de las constituciones políticas* (1814).

⁶ Jules Bois (Marsella, 1868-New York, 1943) fue poeta, periodista, dramaturgo y novelista francés, y estuvo muy vinculado con corrientes ocultistas y esotéricas. Fue además teórico del feminismo, como destaca en su obra *L'Ève nouvelle* (1896).

El feminismo obrero.

El feminismo burgués.

El feminismo mundano.

El feminismo profesional.

No tardaron en apoyarse en ellos ideas filosóficas y partidos políticos, que establecieron las doctrinas feministas del:

Feminismo cristiano.

Feminismo revolucionario.

Feminismo independiente.

Donde primero se produjo el movimiento feminista fue entre las mujeres del pueblo que sufrían más rudamente los efectos del malestar económico.

El *feminismo obrero* se desarrolló primero, y adquirió mayores proporciones en la ciudad que en el campo. La disipación y el absolutismo del marido obligaron a la rebeldía a la mujer, esposa y madre. No puede tener origen más digno y más justo.

Hoy, gracias al triunfo del feminismo, muchos hombres cobijan a los hijos, que solo las mujeres sostienen, mientras los maridos gastan el jornal en la taberna. Sin embargo, entre nosotros, aún la ley hace al hombre amo y señor de la casa y la costumbre lo sanciona.

La clase media fue más retardataria para enarbolar la bandera feminista, que ahora sostiene con gran entusiasmo. El feminismo lleva implícita la obligación de trabajar y la clase media, inteligente, culta, dotada de un gran respeto a las tradiciones, estaba, sin embargo, minada por la vanidad y la imprevisión.

El origen popular del feminismo la apartaba de él. En su deseo de borrar la frontera que la separa de la aristocracia, la pobreza se ocultaba como un crimen y se imponían toda clase de privaciones para conservar el brillo exterior y honrar sus apellidos con una vida holgazana más que pura.

Y al lado de la vanidad estaba la imprevisión. Familias que con el sueldo del padre podían vivir bien, educaban a las hijas en el lujo, la molicie y la ostentación. Un hecho tan natural e inevitable como la muerte del cabeza de familia los cogía siempre desprevenidos. Entonces llegaba la pobreza con todo su horror. Si alguna economía

restaba la ignorancia de la mujer, la consumía bien pronto. Se soportaba la miseria, la degradación, pero no se recurría al trabajo. A veces se sostenían de la limosna de la familia pudiente, que prefería eso a ver a sus parientes trabajar. Era menos deshonroso tener un sobrino en la cárcel por falsario que una sobrina obrera o actriz.

Con este criterio las mujeres se encastillaban entre los muros de su hogar como en palacios nobiliarios. Mostraban horror a toda cultura que no fuese de adorno y su ideal consistía en ser citadas como madres tiernas, esposas sumisas, madrugueras, dueñas de casa, y primorosas en la ejecución de labores. ¡Encantadoras virtudes eran estas, a no ir manchadas por la ignorancia, que daba frutos tristes!

Al fin, los apremios y luchas de la vida, más difícil cada vez, rompieron las filas de la burguesía pobre y nació el *feminismo burgués*, pero marcado por el deseo de librarse del trabajo manual y acogerse todas a las carreras liberales y las profesiones artísticas.

Fueron las burguesas las que lucharon con denuedo defendiendo su derecho a ejercer la abogacía y la medicina, a desempeñar empleos, a educarse como los hombres y a tener en las leyes un puesto igual al suyo.

La aristocracia formó el *feminismo mundano*. Sus mujeres se aprovecharon de las doctrinas feministas, no para tomar puesto en las áridas luchas y aceptar su parte de trabajo y responsabilidad, sino para emanciparse de la reclusión a la que se las obligaba. Al amparo de su feminismo desplegaron su lujo, conquistaron el derecho de salir solas, de viajar, de presentarse en sociedad y de tomar parte en los deportes, que se creían privativos del hombre. Se libertaron del disimulo para pintarse, vestirse y peinarse a su gusto. Emanciparon el gesto.

Y aunque parezca pueril, esta corriente que ha familiarizado la presencia de la mujer en todas partes, ha influido mucho en favor del feminismo.

No hay que confundir con este feminismo mundano un pseudo-feminismo aristocrático, que no consiste más que en realizar obras benéficas y crear sociedades de recreo, que nada suponen en la obra feminista.

El *feminismo profesional* tiene un marcado carácter de propaganda. Sus mantenedores son no solo mujeres, animadas de una gran piedad hacia los dolores que sufren sus hermanas, sino hombres de noble corazón y superior inteligencia, que reconocen la justicia de las vindicaciones femeninas. Con un completo desinterés realizan unas y otros su apostolado de divulgar las doctrinas feministas en la cátedra, la prensa y el libro, al par que se esfuerzan en recabar la igualdad ante las leyes.

Desgraciadamente existen profundas divisiones en el campo feminista, luchan entre sí, más o menos ostensiblemente, unas sociedades con otras, creyendo que tienen intereses contrarios, cuando la causa de la mujer es solo una. En la práctica, las diversas tendencias suelen aparecer mezcladas y confundidas, porque en todas existen deseos de emancipación e independencia. La división la establecen los elementos políticos que se mezclan al feminismo.

El *feminismo revolucionario* es una consecuencia lógica de la opresión que sufre la mujer. Lucien Descaves⁷ dice: «La mujer es la víctima de la ley del hombre que le exige obediencia y de la sociedad que la mantiene en servidumbre». Es la perpetua explotada. De ese estado se valen los que a cambio de la emancipación que le ofrecen, hacen de ella un instrumento para servir a sus intereses. El conspirador ruso Pierre Lavroff⁸, decía: «Revolucionemos a la esposa y a la madre y habremos revolucionado al mundo» y, dirigiéndose a las mujeres, exclama: «No seréis libres más que por la revolución».

De esta manera se forma un partido feminista revolucionario que se suma en su mayor parte al socialismo y que está integrado, en su mayoría, por obreras y mujeres del pueblo. Parece que la

⁷ Lucien Descaves (París, 1861-1949), novelista, dramaturgo y periodista francés de ideas libertarias y antimilitaristas. Fue uno de los fundadores de la Academia Goncourt, de la que llegó a ser presidente de 1945 a 1949. Entre sus obras destacan: *Les Sous-off* (1889) y *La Colonne* (1901).

⁸ Piotr Lávrovitch o Pierre Lavroff (Melekhovo, 1823-París, 1900) fue un escritor ruso, matemático, filósofo y sociólogo, destituido como coronel del ejército por sus afinidades con los socialistas revolucionarios y obligado a exiliarse a Francia en 1870.

suerte del feminismo tiene que ir unida al socialismo, porque así como en América hicieron una causa común la emancipación de la mujer y la del negro, en Europa, va unida a la del *negro-blanco*: el obrero.

Bebel⁹ defendió a la mujer económicamente en el Congreso de Zurich de 1897, fiel a las manifestaciones hechas en 1883: «La mujer tendrá su independencia social y económica; no estará sometida a exceso de autoridad y explotación, sino colocada frente al hombre, en un pie de libertad e igualdad absoluta. Será dueña de su suerte».

Pero el *feminismo independiente* no cree en las bellas teorías, y recordando la ingratitud con que trató la Revolución francesa a las mujeres, que tan entusiasta concurso le prestaron, quieren la evolución, las reformas pacíficas, el triunfo por el convencimiento, y forma un bloque homogéneo con el mismo espíritu en sus diversas ramas.

Las palabras *feminismo cristiano* parecen antagónicas, porque el cristianismo somete siempre la mujer al hombre. Sin embargo, tanto el feminismo protestante como el católico, rivales entre sí, buscan la influencia de la mujer. Las respectivas iglesias dirigen y vigilan la marcha del feminismo. Se ha visto no hace mucho al arzobispo católico de París presidir un Congreso Feminista, y al jefe de la iglesia anglicana, arzobispo de Canterbury, colaborar en otro.

El feminismo católico no quiere que la mujer abandone la subordinación al hombre, que, según San Pablo, le corresponde

⁹ August Bebel (Deutz, Alemania, 1840-Passugg, Suiza, 1913) fue un destacado dirigente socialista alemán. En 1867 fue elegido diputado en el Parlamento (Reichstag) de Alemania del norte y, al año siguiente, intervino en el congreso de Núremberg, en el que los socialistas alemanes decidieron su incorporación a la Primera Internacional. En 1869 participó en el Congreso de Eisenach, del que surgió el Partido Obrero Socialdemócrata. En 1869 participó en la fundación del Partido Socialdemócrata alemán (SPD), siendo desde entonces un importante dirigente y miembro del Reichstag. Su doctrina política, en la que sobresale la praxis por encima de la teoría, quedó reflejada en *La mujer y el socialismo*, ensayo escrito en 1883 que se convirtió en la obra de referencia de todos los socialistas alemanes y llegó a conocer cincuenta ediciones en poco más de treinta años.

en el hogar, aunque al mismo tiempo trata de mejorar su suerte y liberarla de los abusos del exceso de autoridad. Quiere compaginar la libertad y la obediencia, como el que la tierra gire alrededor del sol, sin prejuicio del milagro de Josué.

Hay también quien se esfuerza por distinguir un *feminismo de raza*, estableciendo variaciones entre feminismo latino, sajón, etc. Es un nuevo error. Las diferencias nacerán en cada país de las leyes y costumbres a que hayan de sujetarse los ciudadanos, pero el fondo es idéntico. Los diferentes caracteres, descritos con más teatralidad en la presentación que verdad en el fondo, de los temperamentos de las mujeres de distintas razas, no pueden influir en los principios generales del derecho humano.

Lo lamentable es que las disquisiciones quitan fuerza a la acción y que la obra feminista está aún sin realizar. Actualmente la mujer sufre en muchas naciones, como en la nuestra:

Inferioridad pedagógica.

Inferioridad económica.

Inferioridad cívica.

Inferioridad política.

Inferioridad conyugal.

Inferioridad maternal.

No se la iguala al hombre ni siquiera en el derecho penal, donde a veces es ella la que lleva la peor parte, como en los casos de adulterio. Pero si no tiene igualdad de derechos, la tiene en el deber de contribuir a las cargas del Estado. El autor de *El matrimonio de Figaro*¹⁰ sintetizó esta falta de lógica en pocas palabras: «Se las trata como menores en lo que se refiere a su libertad y se las castiga como mayores en sus faltas».

Estudiar la manera de borrar la injusticia de la desigualdad es el fin del feminismo moderno.

¹⁰ Imaginamos que se refiere la autora a Pierre-Augustin Caron de Beaumarchais, dramaturgo francés, autor de *Le mariage de Figaro* (1778), comedia en cinco actos. La obra fue adaptada por Mozart y Lorenzo da Ponte bajo el nombre de *Le nozze di Figaro* (*Las bodas de Figaro*).

Georges Deherme¹¹, en *El poder social de las mujeres*, combate ensañadamente a Jules Bois, sin poder llegar a su alta mentalidad. Hablando de la catástrofe del *Titanic*, dice: «Si se hubiera practicado el feminismo, ninguna mujer se hubiera salvado». Demuestra así no conocer la materia de que se ocupa y por eso no concibe que la mujer no desee una situación de privilegio, sino de igualdad. ¿Qué más daba que se salvaran mujeres u hombres? Se hubiesen salvado de ambos sexos, seguramente los más ancianos, los más débiles, los niños; un mismo número de seres humanos, que es lo único que puede interesar.

La falta de ecuanimidad al hablar del problema feminista la proclama Jorge Simmel cuando dice:

La mujer no puede ser juzgada imparcialmente. Por eso es tan corriente y banal la actitud de crítica burlona ante ella.

Desde el punto de vista masculino no es posible reconocer la independencia del principio femenino.

La mujer queda sometida al mismo tiempo a dos medidas distintas y ambas de origen masculino: una es la medida absoluta que se forma por los criterios de los hombres y se aplica a la actividad de la mujer, a sus convicciones, a los contenidos teóricos y prácticos de su vida. Otra es la medida relativa, que también procede de las prerrogativas del hombre. El hombre exige de la mujer, no solo lo que le parece deseable en general, sino también lo que le parece deseable como hombre. Exige la feminilidad en el sentido tradicional de la palabra, que implica una índole especial orientada hacia el varón para agradarle, servirle y complacerle.

Esto debe dar la voz de alerta a las mujeres que proclaman lo que denominan un *feminismo sensato*, y hablan de la *feminilidad*, contraponiéndola al *feminismo*.

¹¹ Georges Deherme (París, 1867-Bruselas, 1937), obrero y escultor de madera, fue uno de los fundadores de *La Revue Antipatriotique Révolutionnaire* (1884). Esta revista fue el origen de la fundación en 1886 de La Liga de los Antipatriotas. En 1887 perteneció a Les Communistes Libertaires du XXème Arrondissement. Fue uno de los creadores de la primera Universidad Popular francesa encaminada a formar a la clase obrera. Escribió en 1914 *Le pouvoir social des femmes* (*El poder social de las mujeres*), texto al que alude Carmen de Burgos.

Generalmente son mujeres de escasa cultura, deseosas de arrancar un fácil aplauso de la multitud ignorante y rutinaria.

El feminismo no está reñido con la feminilidad y la mujer será más femenina cuánto más mujer sea en la amplia acepción de la palabra.

Ser *femenina*, como quieren las ilusas, es estar sometida solo a los imperativos sexuales, sin aspirar más que a ser nodriza y gobernante. Ser *feminista* es ser mujer respetada, consciente, con personalidad, con responsabilidad, con derechos, que no se oponen al amor, al hogar y a la maternidad.

El feminismo, con las diversas ramas que nacen de su único tronco, *no es más que vindicación de los derechos de la mujer*. Nadie habrá capaz de sostener el absurdo de que porque a un sujeto de derecho se le reconozcan estos, pueda variar en su naturaleza y en sus cualidades intrínsecas.

Pero la mayoría de los numerosos libros, leídos unos, estudiados otros, que he tenido que consultar para este trabajo, están escritos por hombres y excepto aquellos cuyos autores, por su superior cultura, están libres de celos, egoísmos y chabacanería, son enemigos de la mujer emancipada, más o menos solapadamente.

Por desgracia, hasta muchos libros escritos por mujeres adolecen de no darse cuenta de lo que es el feminismo.

Pero hay una fuerza en la vida superior a todas las teorías. Ha llegado para nosotras la plenitud de los tiempos.

Al fin todo hace pensar que se va a cumplir con un siglo de retraso la profecía pronunciada en Jersey por Victor Hugo, ante la tumba de la gran feminista Luisa Julien¹², proscrita como él; ya

¹² Se refiere Burgos al discurso pronunciado por Victor Hugo sobre la tumba de la desgraciada poeta Louise Julien, en el cementerio de Saint-Jean de Jersey el 26 de julio de 1853. La joven escritora francesa, perteneciente a la clase obrera, enferma de tuberculosis, fue arrestada por su activismo político por el gobierno de Napoleón III en 1853 y murió en Jersey (Inglaterra), tras sufrir prisión en su país y un breve exilio en Bélgica, de donde fue expulsada. Del discurso de Hugo, donde admite la necesidad del reconocimiento de los derechos de la mujer, podemos extraer este fragmento al

que no se realizó en el siglo XIX, el siglo XX será el que proclame los derechos de la mujer, aunque realmente no se han proclamado hasta ahora de modo justo y amplio ni siquiera los derechos del hombre. Los obstáculos son muchos, pero la corriente social que forma el feminismo avanza y no cabe duda de que ha de triunfar por la fuerza que lleva en sí misma. Desde la Gran Guerra nos ofrece más hechos que teorías.

No hay más que fijarse en que estando la mujer sometida a la preponderancia masculina en todos los dominios de la actividad y pesando sobre ella la ruda carga de trabajos y preocupaciones, ha logrado producir este gran movimiento de emancipación, sin que en sus comienzos le ayudase nadie.

La mujer conquista el poder y la libertad; quiere tener el lugar que le corresponde al lado del hombre, con toda dignidad, apoyada en la fuerza de la razón y del derecho, que ha de hacer desaparecer de la humanidad todo vestigio de esclavitud.

Es indudable que lo conseguirá; la marcha de la civilización, en el transcurso del tiempo, colabora con el feminismo. «Las cadenas han madurado y se caen como fruta del árbol».

que alude Carmen de Burgos: «Hemos dicho y repetido que el siglo XVIII proclamó el derecho del hombre, y que el siglo XIX proclamará el derecho de la mujer; pero es preciso confesar que no nos hemos apresurado en conseguirlo: nos han detenido muchas consideraciones graves que deben examinarse atentamente; porque hasta estos momentos en los que ha avanzado mucho el progreso, y entre demócratas y republicanos puros, hay muchos que rehúsan admitir en el hombre y la mujer la igualdad del alma humana y por consecuencia la asimilación, sino de identidad completa, al menos de los derechos cívicos».